

Imaginarios sobre el desarrollo en América Latina: entre la emancipación y la adaptación al capitalismo

Imaginaires on development in Latin America: between emancipation and adaptation to capitalism

BRENO BRINGEL Y ENARA ECHART MUÑOZ *



PALABRAS CLAVE

Desarrollo; Capitalismo; Teorías; América Latina; Imaginarios.

RESUMEN Este artículo se propone discutir las disputas de sentido por los imaginarios del desarrollo en América Latina a través de la tensión entre autonomía/emancipación y adhesión/adaptación al desarrollo capitalista. El objetivo es analizar cómo estos imaginarios son creados, resignificados y contestados en diferentes momentos históricos a partir de irrupciones teórico-discursivas, pero también práctico-políticas.

KEYWORDS

Development; Capitalism; Theories; Latin America; Imaginaries.

ABSTRACT This article aims to discuss the struggles about the imaginaries of development in Latin America, towards the tension between autonomy / emancipation and adhesion / adaptation to capitalist development. The aim is to analyze how these imaginaries are created, resignified and constested in different historical moments from theoretical-discursive irruptions, but also practical-political ones.

* Breno Bringel es profesor del Instituto de Estudios Sociales y Políticos de la Universidad del Estado de Río de Janeiro (IESP-UERJ) y directeur d'études associé en el Collège d'études Mondiales de la Fondation Maison des Sciences de l'homme (MSH) de París.

Enara Echart Muñoz es profesora de la Escuela de Ciencia Política de la Universidad Federal del Estado de Río de Janeiro (UNIRIO) e investigadora asociada del Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación (IUDC-UCM).

MOTS CLÉS

Développement; Capitalisme; Théories; Amérique Latine; Imaginaires.

RÉSUMÉ Cet article vise à discuter les disputes sur les imaginaires du développement en Amérique Latine, à travers la tension entre autonomie / émancipation et adhésion / adaptation au développement capitaliste. L'objectif est d'analyser comment ces imaginaires sont créés, re-signifiés et contestés à différents moments historiques à partir d'irruptions théoriques-discursives, mais aussi pratiques-politiques.

El desarrollo como promesa incumplida de la modernidad: entre la adaptación y la emancipación

Desde mediados del siglo XX, las teorías del desarrollo estuvieron siempre acompañadas en América Latina por prácticas políticas y disputas concretas sobre los sentidos y los imaginarios atribuidos al “desarrollo”. Si bien Europa vivió su proceso de industrialización un siglo antes, beneficiada por el despojo de la colonización, en América Latina el impulso industrializador y modernizante —asimétrico y desigual— se produjo tras el final de la Segunda Guerra Mundial en el marco de una transición demográfica acelerada.

Se trata de una inflexión global histórica de fuertes confluencias entre actores, instituciones y proyectos diversos, bien como de una saturación de significaciones alrededor de las orientaciones políticas y teóricas que, aunque muy distintas, insertaron el “desarrollo” en el centro de las agendas intelectuales y políticas. En este contexto:

- 】 Se crean varias organizaciones internacionales —tales como el Banco Mundial, el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), la Conferencia de Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), entre otras— y una arquitectura sistémica que, junto a algunos Estados y varias otras organizaciones bilaterales, institucionaliza la cooperación internacional para el desarrollo (CID) con el objetivo de promover el “desarrollo” (entendido como progreso económico) y la “cooperación” Norte-Sur.
- 】 Proliferan las instituciones regionales —como la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)— orientadas a la acción y al pensamiento sobre el desarrollo desde la perspectiva de los países “en desarrollo”, tratando de interpretar las razones del “subdesarrollo” y la “heterogeneidad estructural” de las economías de la región a partir de una mirada histórico-estructural.
- 】 Se institucionalizan las Ciencias Sociales en América Latina. Más allá de la prominencia de los casos nacionales de Argentina, Brasil, Chile, México y

Uruguay, destaca la creación de un circuito latinoamericano editorial, de instituciones, centros formativos y de investigación, que buscó analizar América Latina como unidad de análisis compleja y el “desarrollo” como elemento transversal y aglutinador de agendas de investigación diversas (que oscilaron desde el funcionalismo al marxismo) orientadas al cambio social en la región: actores sociopolíticos, estratificación y movilidad social, industrialización y urbanización, migraciones, relaciones laborales, etc.

- ▶ Emergen una serie de políticas sociales y económicas reformistas altamente centradas en el Estado que, retroalimentadas por los diagnósticos y estudios del momento, fomentaron el “desarrollismo” y el modelo de sustitución de importaciones en la práctica política a través de la expansión urbano-industrial.
- ▶ Se llevan a cabo una serie de luchas sociales y políticas más radicales, inspiradas por el antiimperialismo, el anticapitalismo, el nacionalismo revolucionario y matrices político-ideológicas que trataron de ir más allá del reformismo desarrollista para implementar cambios profundos en la estructura social y económica. El caso de la Revolución Cubana es el más emblemático, pero podrían sumarse una serie de conflictos, guerra de guerrillas y movimientos que buscaron disputar los rumbos políticos y construir el socialismo.

De esta manera, en el marco de la creciente influencia norteamericana en el mundo y del aumento de la bipolarización fruto de la Guerra Fría, el desarrollo emerge como el principal imaginario social y geopolítico en disputa en América Latina. Esta centralidad del desarrollo en las agendas políticas e intelectuales latinoamericanas ha sido analizada hasta la saciedad, sea desde estudios dedicados a la dimensión propiamente académica del debate, en general más teórica y abstracta; sea desde su perspectiva más aplicada, política y técnica (vinculada, por ejemplo, a la CID), por más que, como hemos visto, todas estas dimensiones estén interrelacionadas.

Sería prácticamente imposible, de hecho, hacer un “estado del arte” sobre los debates alrededor del desarrollo en la actualidad. Sin embargo, tras tres décadas de la Declaración del Derecho al Desarrollo (1986) y después de la caída del Muro de Berlín, nos gustaría en este ensayo cuestionar una tendencia general del debate contemporáneo sobre el tema, a saber: una cierta reificación del desarrollo, tratado de forma cada vez más especializada, adjetivada y limitada. En otras palabras, se podría decir que una de las tensiones clásicas de la modernidad que siempre tuvieron fuerte influencia sobre la teoría y la práctica del desarrollo —la relación entre adaptación y emancipación— ha sido progresivamente desplazada por miradas que tienden a constreñirlo a matices y propuestas ancladas en el desarrollo capitalista.

Dicha tendencia tiene, al menos, dos implicaciones directas. En primer lugar, supone asumir la inevitabilidad de una visión capitalista del desarrollo, a pesar de que algunos autores —como Arturo Escobar (1996) o Gilbert Rist (2002)— han buscado romper con esta visión desde un punto de vista discursivo, mientras ciertos movimientos sociales —sobre todo aquellos territorializados de base comunitaria y rural— lo han

hecho en el terreno de las disputas sociopolíticas, tratando de crear e imaginar no solo alternativas *de* desarrollo, sino también *al* desarrollo capitalista. En segundo lugar, implica un olvido de las tradiciones teóricas críticas del desarrollo que contribuyeron para ubicar el debate en términos geopolíticos, estructurales y sistémicos y bien podrían ser actualizadas para entender las estrategias del Estado y de actores políticos y económicos diversos.

Obviamente, no se trata sencillamente de rescatar de forma acrítica las alternativas anarquistas, comunistas y socialistas al desarrollo de antaño, incluso porque también hay mucho que aprender de los errores y de las derrotas de la izquierda. Los ejes de conflicto de las sociedades contemporáneas son más diversos, así como lo son también las identidades, las subjetividades y los sujetos políticos. Esta pluralidad y la dificultad de generar discursos abarcadores en tiempos de fragmentación no puede, sin embargo, ser óbice para la negación de un horizonte de posibilidades distinto al actual. Políticamente, la generación de inteligibilidad y de transversalidad por parte de las experiencias anticapitalistas mundiales es un desafío central. Igualmente, en un plano más teórico, es importante pensar que las disputas políticas y sociales en América Latina en torno al desarrollo se han vinculado —y siguen vinculándose— a concepciones distintas de autonomía y de cambio social.

Castoriadis (1975) propuso que en su proceso de activación política, los movimientos sociales aparecen como actores que oscilan entre la adhesión y el alejamiento del proyecto de autonomía y su capacidad para poner límites al capitalismo. La autonomía como proyecto debe ser entendida como algo relacional, es decir, siempre se es autónomo en relación a otro actor, una institución, un proyecto, una visión de mundo o un imaginario. Eso quiere decir que la autonomía no puede asociarse solo a la delimitación de una comunidad y de una territorialidad entendidas como espacio de exterioridad (al Estado o al capitalismo, por ejemplo), sino también —y sobre todo— a la dimensión de la significación y la disputa de sentido.

El proyecto de autonomía en la modernidad podría limitarse de cuatro maneras principales, según Castoriadis: por su contaminación por el imaginario del progreso; la tendencia a la burocratización; la transformación de los movimientos sociales en lobbies; el fracaso en establecer de forma permanente su propia aspiración. Aunque los movimientos sociales y políticos han buscado en América Latina y en todo el mundo poner límites al imaginario capitalista y construir un imaginario de autonomía, es importante entender las relaciones ambivalentes y complejas entre estos imaginarios, que implican dinámicas de cooptación, conflictos, disputas y mutación. De esta manera, la expansión del capitalismo a todas las esferas de la vida social puede ser frenada por la actuación de los movimientos sociales, pero estos también son afectados, de diversas maneras, por el capitalismo.

En términos históricos y teóricos, Marx (2009 [1852]) y el propio Castoriadis (1998) mostraron con bastante precisión las imbricaciones complejas entre los imaginarios

de la autonomía y del capitalismo al tratar, por ejemplo, cómo algunos movimientos obreros asumieron el imaginario del progreso y la creencia de que el crecimiento ilimitado del desarrollo y de la producción también serían decisivos para la emancipación. Por otro lado, el Estado —como actor político hegemónico en la modernidad— y las fuerzas productivas constantemente absorben las demandas y las construcciones de los movimientos sociales y políticos más radicales, tratando de incorporarlos al sistema y de vaciar el significado original de sus prácticas y demandas más subversivas.

De este modo, la tensión entre autonomía/emancipación y adhesión/adaptación es central, pero altamente compleja y no puede ser enfrentada de manera simplista, como muchas veces se hace, bien al entender —en un extremo— los movimientos sociales y los proyectos autónomos como actores absolutamente exteriores a la modernidad y al capitalismo bien —en otro polo— al sugerir que no existen alternativas al desarrollo del capitalismo en la actualidad. En este sentido, existe una lucha constante de sentido por los imaginarios del desarrollo y es fundamental analizar cómo estos son creados, resignificados y contestados en América Latina en diferentes momentos históricos a partir de irrupciones teórico-discursivas, pero también práctico-políticas¹.

Estos imaginarios, además, no son únicamente sociales, sino también geopolíticos. En su brillante libro *Orientalismo*, Edward Said (2007 [1978]) enfatizó la importancia de tomarse en serio las “geografías imaginadas”, entendidas no como falsas, sino como percibidas. En la historia de la modernidad, son muchas las imágenes, las ideas, los textos y los discursos que llevaron a la consolidación del desarrollo como un imaginario geopolítico vinculado a un mundo de Estados. La construcción de políticas desarrollistas, de la cooperación interestatal y de “comunidades imaginadas” nacionales (Anderson, 1993) ha contribuido enormemente a vincular el desarrollo a los Estado-nación, aunque diferentes teorías críticas, como las del sistema-mundo (Wallerstein, 2006), han advertido que lo que se desarrolla no es un país, sino un patrón de poder. Ante estas disputas geopolíticas, el imaginario geopolítico moderno (Agnew, 2005) se relaciona con construcciones espacio-temporales en las cuales diferentes proyectos políticos buscan visualizar el mundo como un todo, construyendo jerarquías y delimitando territorios, pero también creando instituciones significadas, símbolos y representaciones.

Imaginarios en disputa: crisis y alternativas de (y al) desarrollo en América Latina

Veremos a continuación cómo en América Latina los imaginarios sociales y geopolíticos estuvieron vinculados a tres momentos y concepciones principales del desarrollo. Al analizarlas a partir de la tensión adaptación/emancipación al capitalismo, se

¹ Hemos realizado un recorrido semejante, pero más acotado a las relaciones entre movimientos sociales y desarrollo, en Bringel y Echart (2015).

buscará identificar tendencias, transformaciones y aperturas posibles en el escenario contemporáneo.

Del imaginario modernizador a los intentos de ruptura con la dependencia

Las primeras propuestas para alcanzar el desarrollo, tanto las liberales como las keynesianas, fueron claramente una estrategia de dinamizar el capitalismo. En el contexto del post-Segunda Guerra Mundial, era importante para el bloque capitalista ganar aliados, incluyéndolos en la promesa del progreso (tal como establece el punto IV del discurso del entonces presidente estadounidense Truman, en 1949), y contener así el avance del comunismo. Se inicia con ello la maquinaria global del desarrollo, pero también la irradiación de un imaginario que inferioriza a los pueblos del Sur, que pasan a ser definidos —siempre en el espejo del “capitalismo avanzado”— por sus carencias, es decir, por su subdesarrollo. Las teorías de la modernización, difundidas en ese momento, explicaban las fases por las que los países en desarrollo deberían pasar para alcanzar la situación de los países occidentales: son las etapas del crecimiento de Rostow (1961) para que la sociedad tradicional consiga convertirse en una de alto consumo de masas.

Las críticas desde América Latina a esa perspectiva no se hicieron esperar. Ya desde la CEPAL, Prebisch (2014 [1948], 1988) apuntaba a la necesidad de mirar más allá de los factores internos que supuestamente impedían el despegue de las sociedades tradicionales para entender las relaciones de intercambio desigual que se configuraban entre los países del centro y de la periferia. Para él, el subdesarrollo de las sociedades periféricas derivaba del posicionamiento que estas tenían en las relaciones internacionales, caracterizado por la desigualdad comercial. Frente a eso, las sociedades latinoamericanas deberían dinamizar el mercado interno, superando la tendencia a la precarización de la economía, apoyando la industrialización y mejorando las inversiones productivas para subsanar el desequilibrio interno entre el gasto y la acumulación de capital. Esta propuesta supuso una dura crítica a los recetarios del desarrollo impuestos desde los países del centro y sus instituciones, como el Banco Mundial, al ofrecer una interpretación propia. A pesar de ello, no adopta una perspectiva emancipadora: la autonomía sería únicamente una forma de mejorar el posicionamiento sistémico con vistas a unirse a la ruta del desarrollo, es decir, no escaparía a las lógicas del sistema mundo capitalista, aunque se posicionaría dentro de él en condiciones más favorables.

Parte de las teorías de la dependencia surgidas a finales de los años 1960 profundizarían en esta línea (Cardoso y Faletto, 1969) con una crítica histórico-estructural de la visión de las sociedades tradicionales y modernas como etapas de la modernización, que no se adecuaba a las características y condiciones históricas latinoamericanas. El desarrollo y el subdesarrollo no son vistos aquí como etapas, sino como posiciones en la estructura económica internacional de producción, intercambio y distribución. El desarrollo es entendido como resultado de la interacción entre grupos sociales, es decir, como cambios en esas estructuras de dominación, en las relaciones de dependencia, para mejorar la inserción en el mercado mundial.

En una perspectiva distinta, existieron dentro del pensamiento dependentista propuestas más críticas, de ruptura con el orden capitalista (Marini, 1977; Santos, 2000; Bambirra, 2013). A partir de una perspectiva marxista, el subdesarrollo pasó a ser entendido no solo como una posición sistémica, sino como consecuencia del propio desarrollo de los países del centro, abogando en muchos casos por la desconexión o, incluso, por la “revolución permanente”, en el caso de aquellos que reactualizaron desde la periferia capitalista las tesis de Trotsky sobre el desarrollo desigual y combinado. Son diversas las posiciones sobre el desarrollo en el marxismo, aunque convergente el impulso transformador en este momento histórico por generar modelos económicos no capitalistas, ya que el desarrollo (capitalista) para los países periféricos sería un camino no solo imposible, sino también indeseable.

Para Marini (1977), por ejemplo, la mejoría de la situación de los países periféricos no pasaría por el incremento de la productividad del trabajo, en la medida en que la propia acumulación de capital se da por la sobreexplotación de los trabajadores. Asimismo, la supuesta internacionalización del mercado interno, como forma de mejorar la inserción internacional, estaba dando lugar a una internacionalización del sistema productivo para integrarlo en la economía capitalista mundial, a través de la desnacionalización de sus principales sectores, favoreciendo aquellos atractivos para la inversión de las empresas extranjeras, en detrimento de las necesidades de las poblaciones. El Estado actuaría como dinamizador de este proceso, fomentando la internacionalización del capital y su inserción en el capitalismo. Igualmente, Marini llama la atención sobre el surgimiento de centros medianos de acumulación, con una lógica “subimperialista”, como Brasil o México, que en su intento de adaptación contribuyen a fortalecer y a dinamizar el propio sistema capitalista, siendo necesaria, para la superación del atraso y de la dependencia, la supresión del capitalismo.

A pesar de la centralidad del Estado como espacio de lucha por la autonomía en América Latina, es importante resaltar la importancia que daban estas interpretaciones a la unión del Tercer Mundo contra el imperialismo del centro. En este momento, fueron muchas las conexiones entre los procesos de descolonización en África y las luchas revolucionarias y guerrilleras que no necesariamente pasaban por la mediación de las propuestas socialistas soviéticas en el contexto de Guerra Fría. Se iniciaba el Movimiento de los No Alineados y la definición de los principios que servirían de inspiración a las prácticas de cooperación Sur-Sur (Surasky, 2015), al tiempo que emergían propuestas de creación de un Nuevo Orden Económico Internacional. El discurso de Fidel Castro ante las Naciones Unidas en 1979 es paradigmático de ese periodo. También ganan fuerza los movimientos de solidaridad internacionalista como forma de construir un frente de resistencia al capitalismo, al neocolonialismo y al imperialismo.

Los debates sobre colonialismo e imperialismo estuvieron presentes no solo en la práctica y en los discursos políticos, sino también en las elaboraciones intelectuales sobre el desarrollo. En esta línea, pero con foco mayor en el ámbito interno que internacional, las teorías del colonialismo interno también van a negar la premisa

de que el atraso de las sociedades latinoamericanas sea causado por la falta de desarrollo. Merecen destaque las críticas de Rodolfo Stavenhagen a esa supuesta dualidad de las sociedades latinoamericanas y a la posibilidad de superación a través de la modernización de las áreas rurales. Para Stavenhagen (1981 [1965]), las relaciones entre lo arcaico y lo moderno “representa el funcionamiento de una sola sociedad global en la que ambos polos son partes integrantes”. En otras palabras, el desarrollo de unos se hace a expensas del subdesarrollo de los otros, de la misma forma que en el colonialismo el desarrollo de las metrópolis se construía sobre la explotación de las colonias. El desarrollo, desde estas premisas, debe pasar necesariamente por la superación de ese colonialismo interno que estructura las sociedades latinoamericanas. González Casanova (1963) profundizó en las características del colonialismo interno como categoría analítica, entendiendo que las independencias de las colonias no alteran súbitamente su estructura interna e internacional, sino todo lo contrario: sus principales características se mantienen (economía complementaria y supeditada a los países del centro, falta de integración económica interna, dependencia de un sector dominante —minero o agrícola—, explotación de mano de obra barata, bajos niveles de vida, sistemas represivos y violentos, alta desigualdad interna e internacional, discriminación racial, cultura local discriminada, etc.).

Es posible extraer una lección importante de este debate: el desarrollo, en el plano internacional, ocurre dentro de una estructura colonial que, lejos de agotarse en sus configuraciones y dinámicas, substituye los actores de la dominación. La grave exclusión que sufren las poblaciones indígenas y afrodescendientes en las sociedades latinoamericanas es sintomática de la permanencia de esas estructuras. También la persistente visión de lo originario como traba al desarrollo por parte de las elites, por más que eso haya sido matizado en el cambio de siglo. De este modo, cabe preguntarse cuál es, de hecho, la población que participa de los procesos de desarrollo, para entender si estos caminan hacia la adaptación o la autonomía frente a las estructuras del colonialismo interno.

Del imaginario globalófico a la adjetivación y la negación del desarrollo

A pesar de la fuerza de estas miradas críticas al desarrollo, el agotamiento del modelo de industrialización por substitución de importaciones y el fracaso de las opciones revolucionarias de aquella época hicieron que estas perdieran espacio en los debates y disputas sobre el desarrollo en la década de 1980. Posteriormente, la caída del Muro de Berlín inauguró un nuevo imaginario social y geopolítico basado en la idea de la inexistencia de alternativas al capitalismo (el *There is no alternative* de Margaret Thatcher), proclamando el triunfo de la globalización neoliberal y limitando con ello la construcción de horizontes rupturistas. Este escenario vino acompañado de una reedición de las teorías de la modernización, seguidas de la aplicación práctica del recetario de ajuste estructural conocido como Consenso de Washington (privatización, liberalización, austeridad, ajuste fiscal, etc.) en las décadas de 1980 y 1990. El neoliberalismo empieza a ganar fuerza en la región, devolviendo la centralidad del desarrollo al mercado y limitando el papel del Estado al carácter gerencial y de control.

Ante esa ofensiva del capitalismo neoliberal, y sus graves consecuencias sociales y ambientales en la región, para muchos, la reconstrucción de un pensamiento crítico y de una acción política alternativa pasaría por la recuperación del papel de Estado en los procesos de desarrollo, reeditando algunas premisas anteriores bajo el paraguas del “neodesarrollismo”. Se trata aquí de superar la visión de la gobernabilidad y la eficacia del Estado mínimo, defendiendo el papel del Estado en la distribución y la importancia de las políticas sociales para el desarrollo.

En las nuevas pugnas por los sentidos e imaginarios del desarrollo, se pasa a insistir en la necesidad de pensar el desarrollo no solo como sinónimo de crecimiento económico, lo que lleva a diversas adjetivaciones, tales como *desarrollo humano*, que pone el foco en las personas, en la calidad de la vida y en las oportunidades; y *desarrollo sostenible*, cuyo epicentro está en la relación con el respeto al medioambiente, la escasez de recursos y la “insostenibilidad” social y ecológica del modelo capitalista de desarrollo. Estas dos perspectivas son apropiadas de maneras muy distintas y, a veces, incluso antagónicas. En algunos casos, son manejadas con el objetivo de dar centralidad al individuo, subrayando la importancia del cambio personal —a través de dinámicas de concienciación y de subjetivación marcadas por un espíritu libertario— y de la coherencia entre lo que se hace y a lo que se aspira como paso previo para una transformación societaria. O dando protagonismo a la naturaleza, a través de un ecologismo social en el que prima la defensa de la justicia ambiental, los bienes comunes y los derechos territoriales. No obstante, también son movilizadas —y así ocurre con mayor frecuencia— de forma totalmente compatibles con el capitalismo, por ejemplo si se interpreta el desarrollo humano en clave de mejoría de la vida de las personas a través del aumento de bienes de consumo y el consecuente incremento de la producción; o si se vislumbra el desarrollo sostenible como una forma más “responsable” de crecimiento económico basada en una lógica conservacionista funcional a un nuevo “capitalismo verde” que, además, es capaz de identificar y crear nuevos mercados. Dentro de estas disputas semánticas y políticas, las conferencias de Naciones Unidas, con alta participación de organizaciones no gubernamentales en eventos paralelos, fueron importantes, aunque solo fueron capaces de generar perspectivas alternativas al neoliberalismo más ortodoxo, con poco contenido desafiador en términos sistémicos.

Esta amplia gama de significaciones posibles en torno al desarrollo complejiza la simplificación y la polarización habitualmente construida sobre los modelos de desarrollo existentes en América Latina, que bascularían entre el neoliberalismo y el neodesarrollismo (Aranibar y Rodríguez, 2013). Al mismo tiempo, contribuye a sugerir que aquello que habitualmente es visto como “desarrollo alternativo” debe ser leído con mucha cautela, ya que, en un sentido fuerte, no existe desarrollo realmente “alternativo” dentro del capitalismo, sino simplemente un desarrollo diverso del capitalismo que siempre busca nuevas vías para su expansión. Además, en algunos momentos, ante el agotamiento de dinámicas y políticas de liberalización, el (neo)desarrollismo puede

incluso mostrarse como la forma más eficaz para la reproducción del capitalismo, como veremos más adelante cuando se vuelve la corriente hegemónica en el cambio de siglo.

Mientras tanto, el imaginario del desarrollo agrupado alrededor del neoliberalismo buscó expandirse geoestratégicamente en la década de 1990 con el proyecto del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) que era visto por sus proponentes como un “acuerdo comercial inevitable que favorecería el desarrollo de América Latina” (Bringel, 2015: 84). Las resistencias no tardaron en aparecer, siendo la primera de ellas el levantamiento zapatista el 1 de enero de 1994, día en el que entraba en vigor el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y se anunciaba la propuesta del ALCA. La campaña continental contra el ALCA fue larga y generó una serie de espacios nacionales y regionales de convergencia, convocatorias y protestas unificadas a nivel continental, redes de movimientos, encuentros y cumbres. Tras diez años de resistencia activa en varios países, con amplios procesos de formación política, contrainformación e intensa articulación transnacional, el bloqueo del ALCA supuso también un acumulo colectivo en términos de negación de las propuestas de desarrollo capitalista. El protagonismo fue de los movimientos campesinos e indígenas, apoyado por varios sectores sociales, incluyendo el sindicalismo y los movimientos ecologistas y estudiantiles, entre otros. Experiencias territorializadas que no solo generaron discursos alternativos, sino que buscaban en su práctica cotidiana tejer proyectos políticos cooperativos y comunitarios que fueran más allá del desarrollo, utilizando otros lenguajes y formas de construcción colectiva.

En el debate intelectual, eso reverberó en críticas demoledoras al “mito del desarrollo” (Rahnema y Bawtree, 1997). Al vincular el desarrollo a los procesos históricos de la modernidad y del capitalismo, autores como Arturo Escobar y otros, partícipes de un giro discursivo, posestructuralista y postcolonial, pasaron a cuestionar las raíces del desarrollo y sus consecuencias, entre ellas la exclusión de “los conocimientos, las voces y preocupaciones de aquellos que, paradójicamente, deberían beneficiarse del desarrollo” (Escobar, 2005: 19). Es así como el desarrollo no solo es adjetivado, sino también negado. La etiqueta del “postdesarrollo” pasa a agregar una serie de inquietudes diversas que buscan definir la realidad en términos distintos a los del desarrollo y la radicalización de la crisis del proyecto moderno se ve acompañada de una preocupación cognitiva y epistémica que trata de dar centralidad a las relaciones entre la cultura, la naturaleza y el territorio y a escenarios de transición que permitan progresivamente “salir de la senda del desarrollo”. Esto se hace, no sin contradicciones, de maneras distintas en la ciudad y en el campo, en el centro y en la periferia. Implica, en todo caso, la posibilidad de pensar y construir proyecciones emancipadoras alternativas a las ofrecidas en los márgenes del capitalismo, es decir, “la capacidad de imaginar algo más allá de la modernidad y los regímenes de economía, guerra, colonialidad, explotación de la naturaleza y las personas y el fascismo social que la modernidad ha ocasionado en su encarnación imperial global” (Escobar, 2005: 30). La crítica decolonial de Quijano también se cuestiona si es realista que los latinoamericanos continúen enarbolando esa bandera, teniendo en cuenta

las consecuencias que para ellos han tenido y siguen teniendo el colonialismo y la colonialidad impuestos desde los centros de poder: “el patrón de poder capitalista, la sociedad capitalista, no tiene en nuestros países ninguna posibilidad de desarrollo distinta que la que produce esa continuada concentración de poder, de des-democratización continua de las relaciones sociales, de polarización social, de inmiseración de cada vez mayores proporciones de la población” (Quijano, 2000: 89).

Estas nuevas voces rebeldes se encuentran en el cambio de siglo en América Latina con las victorias electores de gobiernos progresistas en casi toda la región, varios de ellos propulsados por ciclos de protestas y de propuestas vinculados a los movimientos populares. Se abre un nuevo ciclo político en el cual varias esperanzas son depositadas, aunque desde el principio una pregunta clave no dejaba de sonar (Svampa, 2008): ¿estaríamos ante un cambio de época o simplemente ante una nueva época de cambios?

Entre la integración regional y el social-liberalismo nacional: impactos y límites del ciclo político de cambio de siglo

Más allá de las diferencias nacionales y de los diversos tintes de los gobiernos regionales, a principios del siglo XXI América Latina buscó proyectarse en el mundo de manera relativamente más autónoma (Cairo, 2008). Esto se deriva de la emergencia de nuevos proyectos políticos y epistémicos que priorizaron la integración y la unidad regional, generando un nuevo escenario, bastante distinto a aquel vivido en las décadas anteriores, marcado por la subordinación geopolítica. En términos regionales, se vislumbra en la creación de nuevos bloques político-económicos, en la retomada de un discurso antiimperialista y en el mayor acercamiento entre los países de la región y con aquellos de otras regiones periféricas, fomentando las prácticas de cooperación Sur-Sur como forma de ganar autonomía en el escenario internacional y de fortalecerse frente a los países centrales (Ojeda, 2015). En el ámbito nacional, las posiciones variaron según el tenor de los diferentes gobiernos y sus políticas. En algunos casos, como en Bolivia, Ecuador o Venezuela, hubo procesos constituyentes, algunos cambios socioculturales e intentos de transformar la forma Estado previa, mientras en otros, como en Argentina, Brasil, Chile o Uruguay, el cambio principal residió en la ampliación de las políticas sociales y en la mayor centralidad del Estado.

No obstante, la crítica al neoliberalismo desenfrenado previo no llevó a una ruptura con los dictámenes capitalistas, sino más bien a grandes acuerdos interclasistas que compaginaron más democratización con un “neoliberalismo de nuevo tipo”, quizás incluso más ampliado y sofisticado. Se trata de lo que Domínguez (2013) define como “social-liberalismo”, entendido como una nueva forma de dominación que no solo afirma el mercado, sino que también lo articula en lo social, profundizando la dimensión biopolítica, de gestión y de penetración en el tejido social a través de una confluencia entre políticas focalizadas/sectoriales y fomento de una lógica consumista y emprendedora.

De este modo, el discurso regional de autonomía se produjo de manera paralela a un aumento de la dependencia entre (y en el interior de) los Estados que, además, fortalecieron las salidas individualizantes y las políticas particularizantes. En este contexto, no se puede desdeñar que la profundización de las ideas y de las políticas neodesarrollistas garantizaron, en el terreno inmediato, un mayor crecimiento económico y beneficios para amplios sectores sociales a través de programas sociales como el Bolsa Familia en Brasil o las reformas hacia una democracia más participativa (como las misiones en Venezuela o el presupuesto participativo de Porto Alegre). Sin embargo, se “desplazó la dimensión más universalista de derechos y redistribución de la riqueza nacional hacia un trato compensatorio de asistencia” (Ivo, 2012), desvinculando el efecto —la pobreza— de sus causas estructurales, y aquellos que la sufren de su posición en el sistema productivo capitalista. La integración de la población en situación de pobreza pasó a medirse más por su capacidad de consumo que por las mejoras y los derechos que conquistaba o por su participación en la toma de decisiones políticas.

En este escenario, la lógica *win-win*, base para los pactos del nuevo ciclo político en América Latina, también llevó a una mayor penetración del capital extranjero en la región, con enormes beneficios para el capital financiero y para el agronegocio. Mientras tanto, el desarrollo (y, dentro de este, el crecimiento económico) siguió funcionando, en su imaginario hegemónico, como horizonte que justificaba “sacrificios”, entre ellos mantener el extractivismo como eje de la actividad económica, o el apoyo a los grupos económicos privados que garantizaban ese crecimiento, a pesar de las catastróficas consecuencias laborales, sociales y medioambientales. Varios sectores que en un principio fueron aliados de los gobiernos habitualmente denominados como “progresistas” no tardaron en mostrar sus diferencias denunciando la apropiación adaptativa de sus propuestas. Se trató de un fenómeno general y colectivo en el que los límites del progresismo deben ser entendidos en su diversidad de situaciones sobre todo a través de tendencias más amplias, de frenos geoeconómicos, formas de gestión, relaciones históricas y subjetivas y tensiones político-ideológicas (Bringel y Falero, 2016).

En el ámbito internacional, el optimismo que despertó la cooperación Sur-Sur en la última década también ha dado lugar a críticas en relación a su potencial transformador en la medida en que no parece estar cuestionando las bases del modelo de desarrollo capitalista sino más bien contribuyendo, una vez más, para una inserción sistémica de las ahora llamadas “potencias emergentes” (Echart, 2016). Al tiempo que los gobiernos reformistas recientes y sus aliados sufren intensas críticas por parte de una oposición de izquierda, pasan también a ser crecientemente contestados por la derecha, aunque por motivos distintos. A la crisis económico-financiera global iniciada en 2008 y a algunos realineamientos geopolíticos en el escenario internacional, se suman conflictos de índole interna que incrementan la polarización sociopolítica en América Latina, llevando a procesos de desestabilización política y, en algunos casos, a nuevos golpes de Estado que, sea a través de los formatos más tradicionales, que

incluyen la intervención militar (como en Honduras), sea a través de la articulación parlamentaria-mediática (como en Brasil y en Paraguay), abren un nuevo escenario extremadamente desafiante.

¿Y ahora qué?

América Latina vive un momento extremadamente delicado. Por un lado, lo avanzado en un sentido democratizador en el ciclo político previo, a pesar de todas sus contradicciones, está bajo serio riesgo con la emergencia de una derecha más radical que gana fuerza en los parlamentos y en las calles, movilizándolo el odio y el revanchismo, pero también la disputa cultural y la propia “democracia”, utilizada de forma bastante ambivalente, a veces bajo un discurso salvacionista. Por otro lado, las fuerzas de izquierdas y emancipadoras están profundamente fragmentadas y se enfrentan a muchos retos internos y externos de corto, medio y largo plazo: la necesaria auto-crítica; el recambio generacional; la resistencia activa contra una nueva oleada de privatizaciones y retrocesos de derechos; su (in)capacidad de conectar con parcelas más amplias de la sociedad y no solo con sus círculos militantes; la creciente transversalización de agendas políticas y la multiposicionalidad de las identidades activistas; el descentramiento de las organizaciones sociopolíticas y la emergencia de nuevas gramáticas culturales y de sociabilidad política.

La disputa por la autoconstrucción de la sociedad y sus imaginarios difícilmente será exitosa si no se toman en consideración todas las reconfiguraciones societarias y geopolíticas contemporáneas. La dificultad para generar proyectos comunes es importante, aunque también es cada vez mayor el hartazgo y la desconfianza ante las instituciones y las formas tradicionales de pensar y ejecutar la política. Así, ¿cómo repensar el desarrollo o su superación frente a este nuevo escenario que se abre? ¿Qué imaginarios hegemónicos están siendo generados y cuáles son los horizontes de posibilidades y de expectativas? Resulta difícil contestar esto sin analizar el presente en toda su contradicción, siempre en relación con tendencias más amplias del desarrollo. Eso requiere pensar qué concepciones de autonomía y de cambio social pueden emerger o están emergiendo *vis-à-vis* los tres momentos previos analizados en el presente artículo. Si las teorías, disputas e imaginarios sobre el desarrollo en América Latina fueron cambiando a lo largo del tiempo, forjando concepciones y orientaciones políticas distintas, el movimiento intelectual tiene, una vez más, que acompañar el movimiento social en la potencia creativa de generar acciones e interpretaciones alternativas.

En el contexto posterior a la Segunda Guerra Mundial, fueron tres los principales imaginarios en disputa: el desarrollo como modernización, el desarrollismo como mayor autonomía de los países periféricos en el sistema mundo capitalista y, finalmente, la ruptura con el desarrollo capitalista y con la dependencia a través de la revolución. Las tensiones entre adaptación y emancipación en el contexto de la Guerra Fría y

del Tercermundismo llevaron a fuertes enfrentamientos entre proyectos discursivos y políticos que acabaron generando experiencias prácticas de todos estos imaginarios. A pesar de sus diferencias (pensemos en los casos del desarrollismo brasileño o del socialismo cubano), la centralidad del Estado en la organización del desarrollo —capitalista o no— fue una constante. Como fruto de la radicalización política en la región en los 1960 y 1970 y de los intentos de ruptura con el capitalismo, las dictaduras inauguran una época gris que dio lugar a un segundo momento en el que el neoliberalismo se expande regionalmente y, progresivamente, da lugar a nuevas visiones del desarrollo. La visión estrictamente liberal del desarrollo como sinónimo de crecimiento económico pasa a convivir con un entramado más complejo de significaciones sociales y ambientales dentro de las cuales el proyecto de autonomía —en el sentido de Castoriadis— se ve limitado por la capacidad de adaptación, adhesión y cooptación del capitalismo.

La expansión del capitalismo a todas las esferas de la vida social pasa a ser frenada por los movimientos sociales en América Latina a través de la disputa por la vida y por los territorios. Emerge así, en el cambio de siglo, un momento extremadamente ambivalente en el cual un imaginario más progresista y de autonomía se expande regionalmente, pero implementando políticas social-liberales y neodesarrollistas que actúan más como elemento contenedor que potenciador de la emancipación. Benefician a parcelas importantes de la población en el corto plazo pero, a la vez, abren nuevos caminos para la dominación capitalista en el medio y en el largo plazo.

La discusión sobre el buen vivir es emblemática en este sentido. Si bien emerge como una interesante propuesta de alternativa al desarrollo y de superación al proyecto de crecimiento económico, vinculando el ser humano con su entorno social y natural, rápidamente es disputada como paradigma, cosmovisión e imaginario: por un lado, dentro del capitalismo y del Estado, es constitucionalizada y vaciada de su “imaginario radical”, siendo apropiada discursivamente por gobiernos, como el de Rafael Correa, para su legitimación política. Por otro, dentro de los propios movimientos sociales latinoamericanos, se genera cierta dificultad de inteligibilidad y apropiación del buen vivir teniendo en cuenta su fuerte asociación a una matriz comunitaria e indígena andina que no encaja bien en otras culturas y territorios de la región, es decir, si bien podría ser una alternativa local no parece ganar fuerza en su potencial más abarcador.

A pesar de las dificultades y de que el imaginario más fuerte del desarrollo siga siendo su fundamento moderno asociado al crecimiento económico, hemos visto cómo diferentes actores, experiencias, imaginarios y movimientos sociales e intelectuales han tratado de desafiarlo, muchas veces radicalmente. En un contexto como el actual, de fuerte militarización de la política, deslegitimación de la democracia y nuevo impulso del capitalismo financiero internacional, es fundamental aprender de estas disputas históricas sobre el desarrollo no para repetir sus errores, sino para reinventar nuevas salidas. Los aprendizajes se ubican en el nivel teórico, pero también

práctico. En la capacidad de explorar las conexiones local/global en la difusión del anticapitalismo y en el entendimiento de las diversidades en el interior de los proyectos emancipadores. Para ello, hay que reconectar más profundamente la teoría y la praxis, retando al pensamiento crítico latinoamericano a pensar los problemas centrales de la región a partir de esfuerzos teórico-práctico convergentes, tal como viene haciendo, por ejemplo, el Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo y varios otros proyectos colectivos. El desafío es urgente, ya que los impactos del desarrollo del capitalismo son cada vez más catastróficos y letales.

Bibliografía

- AGNEW, John (2005): *Geopolítica: una re-visión de la política mundial*, Madrid, Trama.
- ANDERSON, Benedict (1993): *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- ARANÍBAR ARZE, Antonio y RODRÍGUEZ, Benjamin (2013): *América Latina: ¿del neoliberalismo al neodesarrollismo?*, PNUD, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.
- BAMBIRRA, Vânia (2013): *O capitalismo dependente latino-americano*, Florianópolis, Insular.
- BRINGEL, Breno (2015): “Las luchas continentales contra el ALCA: aprendizajes, resistencias y construcciones colectivas”, en Unai Vázquez Puente y Luis Miguel Uharte Pozas (orgs.), *La década ganada en América Latina: una mirada analítica a las luchas populares*, Bilbao, Editorial de la Universidad del País Vasco, pp. 83-94.
- BRINGEL, Breno y ECHART, Enara (2015): “Movimientos sociales, desarrollo y emancipación”, en José Ángel Sotillo (dir.), *Antología del Desarrollo*, Madrid, IUDC/Los Libros de la Catarata, pp. 573-670.
- BRINGEL, Breno y FALERO, Alfredo (2016): “Movimientos sociales, gobiernos progressistas y Estado en América Latina: transiciones, conflictos y mediaciones”, *Caderno CRH*, vol. 29, SPE 03, pp. 27-45.
- CAIRO, Heriberto (2008): “América Latina nos modelos geopolíticos modernos: da marginalização à preocupação com sua autonomia”, *Caderno CRH*, vol. 21, nº 53, pp. 221-237.
- CARDOSO, Fernando Henrique y FALETTO, Enzo ([1969] 1984): *Dependência e Desenvolvimento na América Latina: Ensaio de Interpretação Sociológica*, Río de Janeiro, Zahar.
- CASTORIADIS, Cornelius (1975): *La institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona, Tusquets.
- (1998): *Hecho y por hacer. Pensar la imaginación*, Buenos Aires, Eudeba.
- DOMINGUES, José Mauricio (2013): “Social liberalismo y dominación global”, *Geopolítica(s)*, vol. 4, nº 2, pp. 183-198.
- ECHART MUÑOZ, Enara (2016): “Una visión crítica de la Cooperación Sur-Sur. Prácticas, actores y narrativas”, en Milani Lima y Enara Echart (eds.), *Cooperación*

- Sur-Sur, política exterior y modelos de desarrollo en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, pp. 229-255.
- ESCOBAR, Arturo (1996): *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*, Bogotá, Norma.
- (2005): “El postdesarrollo como concepto y práctica social”, en Daniel Mato (org.), *Políticas de economía, medio ambiente y sociedad en tiempos de globalización*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, pp. 17-31.
- GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo (1963): “Sociedad plural, colonialismo interno y desarrollo”, *América Latina: Revista del Centro Latinoamericano de Investigaciones en Ciencias Sociales*, VI (3), Río de Janeiro.
- IVO, Anete B. L. (2012): “O paradigma do desenvolvimento: do mito fundador ao novo desenvolvimento”, *Caderno CRH*, vol. 25, pp. 187-210.
- MARINI, Ruy Mauro (1977): “La acumulación capitalista mundial y el subimperialismo”, *Cuadernos Políticos*, nº 12, México D.F., Ediciones Era.
- MARX, Karl [1852] (2009): *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, Alianza.
- OJEDA, Tahina (2015): “Cooperación Sur-Sur y triangular en el sistema de cooperación para el desarrollo”, en José Ángel Sotillo (dir.), *Antología del Desarrollo*, Madrid, IUDC/Los Libros de la Catarata, pp. 467-572.
- PREBISCH, Raúl (1988): “Dependencia, interdependencia y desarrollo”, *Revista de la CEPAL*, nº 34, Santiago de Chile.
- ([1948] 2014): “El desarrollo económico de América Latina y algunos de sus principales problemas”, en José Ángel Sotillo (coord.), *Los caminos del desarrollo. Lecciones*, Madrid, IUDC/Los Libros de la Catarata.
- QUIJANO, Aníbal (2000): “El fantasma del desarrollo en América Latina”, *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, Vol. 6, nº 2 (mayo-agosto), pp. 73-90.
- RAHNEMA, Majid y BAWTREE, Victoria (1997): *The Post-development Reader*, Londres, Zed Books.
- RIST, Gilbert (2002): *El desarrollo: historia de una creencia occidental*, Madrid, IUDC/Los Libros de la Catarata.
- ROSTOW, Walter Whitman (1961): *Las etapas del crecimiento económico*, México, Fondo de Cultura Económica.
- SAID, Edward [1978] (2007): *Orientalismo*, Barcelona, DeBolsillo, Barcelona.
- SANTOS, Theotônio (2000): *A teoria da dependência: balanço e perspectivas*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira.
- STAVENHAGEN, Rodolfo [1965] (1981): “Siete tesis equivocadas sobre América Latina”, *Sociología y Subdesarrollo*, México, Nuestro Tiempo, pp. 15-84.
- SURASKY, Javier (2015): “Descolonización y desarrollo”, en José Ángel Sotillo (dir.), *Antología del Desarrollo*, Madrid, IUDC/Los Libros de la Catarata, pp. 71-132.
- SVAMPA, Maristella (2008): *Cambio de época: movimientos sociales y poder político*, Buenos Aires, CLACSO/Siglo XXI.
- WALLERSTEIN, Immanuel (2006): *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción*, Madrid, Siglo XXI Editores.